



# Revista Venezolana de Orientación

APARTADO 628  
CARACAS

AÑO 24 - No. 236  
JUNIO 1961

## Las Casas se Caen por Dentro

En pleno chismorreo conspirativo —que vamos a creer es un pintoresco hábito venezolano, heredado de las dictaduras intermitentes— hemos oído recordar un adagio popular, sabio y profundo: Las Casas se caen por dentro.

Es cierto que un cañonazo, un vendaval, un bombardeo pueden arrasar con una casa. Sólo entonces, y no es el caso normal sino suceso esporádico, las casas se caen por fuera. Lo normal es que las casas se caigan por dentro: carcomidas, desvencijadas, envejecidas. Son al cabo, obra del hombre; y se agotan, se envejecen y se desmoronan como el hombre, como las plantas, como los animales.

El ambiente de la vida pública venezolana ha comenzado a saturarse de un pesimismo derrotista. Con un criticismo cómodo y destructor se atribuyen todos los males al Gobierno. Y sin duda el Gobierno —sin excluir o incluyendo especialmente al actual Gobierno venezolano— tendrá sus errores. Concretamente, y no sin visos de verdad, se le acusa de torpeza administrativa, y se le culpa de la actual depresión económica. Con todo, bueno será recordar a los murmuradores la conminación de Cristo: Que lance la primera piedra, el que se sienta sin pecado. ¿Estarán exentos de culpa los ricos? Nosotros no podemos creer que el éxodo de miles de millones de bolívares al extranjero haya sido obra de los pobres. ¿Estarán exentos de culpa los obreros? Nosotros advertimos en ellos un espíritu desolador de querer ganar sin trabajar o sin trabajar en serio. ¿Por qué alargar el interrogatorio? ¿Estarán exentos de culpa la clase media, los profesionales, los militares, los estudiantes y el propio Clero?

Hay algo más grave. En la ingenua gama de soluciones mesiánicas, lo pintoresco, lo ingenuo y lo grotesco se conjugan asombrosamente. Alguien se atreve a afirmar que los militares deben dar un golpe unidos a los Comunistas o a los Miricos. Ello ayudaría a darle a la asonada, resonancia popular. Después se botaría por la borda a los colaboradores marxistas. ¡Infelices! ¿No ha probado la historia que nunca subieron al poder solos los Comunistas? Y una vez en los controles ejecutivos aniquilaron paso a paso a sus colaboradores.

Es más difícil de lo que parece derribar por golpes de fuerza a los Estados modernos. Cuba, Argel y Francia pueden servir de recientes ejemplos. ¡Es tan complicado el engranaje del Estado moderno!

Pero las casas se caen por dentro. Importa demostrar que el Gobierno goza de sólida y robusta salud, porque labora con sinceridad y justicia por el Bien Común. Y que goza de unidad interna. Impresiona la ligereza con que líderes —al parecer talentosos— del partido AD, olvidados de la lección del 48, hablan hoy con irresponsable y manifiesta injusticia de sus colaboradores de la Coalición. Cualquier espectador dotado de normal visión política, ha podido advertir durante los últimos meses los dos aspectos centrales de la propaganda comunista del momento: Dividir la Coalición y sembrar el derrotismo, que es confusión, desconfianza y miedo: Aquí todo está mal. Sálvese quien pueda.

La empresa de los actuales gobernantes debe encauzarse al apuntalamiento de la propia casa, que podría derrumbarse por dentro. No basta el socorrido y gastado tópico de cargar todas las culpas pasadas y todos los males presentes a la dictadura. El mayor mal de la dictadura fue en los años de prosperidad, que la circunstancia del cierre del Canal de Suez, las concesiones petroleras y el retardo en los pagos de las obras del Estado proporcionaron al Gobierno, crear o dir pábulo a un standard de vida de opulencia en las clases altas y de derroche imprevisivo aún en los sectores laborales. Cualquier sacrificio se califica ahora de caos económico.

Pero con independencia de los errores de la dictadura y del alegre despilfarro del Gobierno Provisional, hay que reconocer que queda en pie un problema con rostro de esfinge. Si Venezuela es el País de mayores ingresos fiscales, relativamente al número de sus habitantes, ¿cómo se explica la grave recesión económica que padecemos? "¿Cómo se las han arreglado Uds. en Venezuela, preguntaba un economista inglés, para tener una crisis económica?". La primera respuesta a esta conturbadora interrogación es que, comparativamente con otras naciones, no puede hablarse de crisis económica en Venezuela. Pero llámese con el nombre y calificativo que se quiera padecemos un descenso económico con manifestaciones gravísimas en el desempleo y hasta en el hambre de las clases menesterosas, y un miedo contagioso en los sectores de la producción.

Con ocasión de la proyectada rebaja del diez por ciento a los empleados públicos, se han señalado gravísimos desagües de los bienes del Estado, que no pueden ser patrimonio de un partido. El machete debe entrar con violencia desgarradora en lo más íntimo y delicado de la fronda burocrática.

Nadie puede negar que existe el fenómeno del policamburismo. Es evidente que se han multiplicado no sólo los pequeños puestos burocráticos, sino ciertas jugosas prebendas burocráticas. Se habla de hombres de partido beneficiados con puestos oficiales fantasmas, que sólo implican el trabajo de ir a cobrar. Hay partidas presupuestarias en los Organismos Oficiales cuyo sólo nombre asusta: Viáticos, gastos de representación, becas. Creemos que no se han cercenado suficientemente los suntuosos agasajos oficiales. Amenaza tener proporciones de affaire escandaloso el incalificable despilfarro del BAP. Ante nuestra mesa de redacción leemos en el Diario los siguientes titulares: En Servicio Portuario Guaireño se pierden Bs. 500.000 mensuales. Desfalco de 600.000 Bs. en el Ministerio de Educación. Se trata de ejemplos casi cotidianos. Se dice que el alza previsiva de los altos sueldos en el INOS no es un caso esporádico. Más grave resulta aún el rumor de que en un Departamento Gubernamental se alistaron rápidamente varios centenares de obreros del Estado para decidir en favor de determinado partido las elecciones del Sindicato de la Construcción. No garantizamos la veracidad del rumor.

Nosotros hemos demostrado con hechos repetidos, y a veces injustamente criticados, que sabemos valorar los esfuerzos y las conquistas positivas del Gobierno. Al señalar hoy graves deficiencias administrativas, al poner el dedo en la llaga —y la llaga es el miedo de perder puntos electorales, la llaga es el nudo gordiano de los compadrazgos partidistas— podemos hablar con autoridad moral. Tal vez se podrá mitigar el impuesto del 10 por ciento a los más humildes empleados públicos, si se aplica con sinceridad, y hasta con crueldad aparente, el machete a lo más delicado de la fronda burocrática.

Las casas se caen por dentro. Hay que apuntalar la casa. Las reparaciones no se hacen con palabras bellas y promesas categóricas, sino con hechos valientes y sinceros.

Lo que es valadero de Venezuela, lo es de toda América Latina. Hablamos de ello en anterior editorial. Si las democracias no hacen su propia revolución —que no es sinónimo de rebelión contra un poder abusivo, sino transformación de las estructuras— llegará la revolución marxista, la revolución totalitaria, que ya colocó su cabecera de puente en la Isla de Cuba. Un grupo de políticos norteamericanos, de regreso de una jira por Europa y América, advirtieron que sólo en Latinoamérica, la más pobre de las regiones visitadas, habían sido repetidamente obsequiados con banquetes en vajilla de oro. Las casas se caen por dentro.

Y lo que es valadero en Venezuela y Latinoamérica puede aplicarse a la propia Iglesia Católica. Si vamos a seguir figurando como los aliados del capitalismo regional y del imperialismo mundial, y no nos lanzamos a la prédica y a la práctica sincera del espíritu social cristiano, perderemos las masas obreras latinoamericanas, como perdimos un día un sector mayoritario de las masas obreras europeas.

Las casas se caen por dentro.

M.A.E.